

Recordatorio de Jesús Silva Herzog y Octavio Paz

H. C. F. Mansilla

Durante mi primera visita a México pasé un día por la redacción de *Cuadernos Americanos*. Me recibió su director, Don Jesús Silva Herzog, el destacado historiador económico y hombre de letras, a quien debo un generoso patrocinio: alentar una posición intelectual que iba contra la corriente de la época. Mis diez primeros ensayos aparecieron en aquella revista. El maestro Silva Herzog se acercaba entonces a los noventa años. Su andar era extremadamente lento; veía con un solo ojo (y muy escasamente), pero su buen humor era jovial y contagioso. Sus conocimientos podían ser calificados de enciclopédicos, y lo notable era que los había conseguido mediante el uso de sus ojos enfermos. Desde muy niño había estado casi ciego, y su formación constituía un ejemplo moral de tenacidad y denuedo, aunque poco de esto se trasluce en su hermosa autobiografía *Una vida en la vida de México*.

Silva Herzog fundó *Cuadernos Americanos* a fines de 1941 y dirigió la revista por más de cuarenta años, sin mecenas ni instituciones que la apoyasen. Con su letra de rasgos desiguales contestaba personalmente cada carta y remitía al autor un cheque con los honorarios, modestos pero infaltables. Eran hábitos diferentes a los que ahora prevalecen en organismos similares. La revista era un foro intelectual antidogmático y multidisciplinario. El maestro se caracterizaba por una enorme generosidad a la hora de elegir las contribuciones para cada número, y esto condujo probablemente a relajar la calidad de la revista en sus últimos tiempos. Con Silva Herzog, quien fue una figura descollante en la estatización de los petróleos mexicanos, hablé de dos temas: la Revolución de Abril en Bolivia (1952) y el desempeño mediocre de los regímenes nacionalistas en América Latina, en contraste con las enormes esperanzas que despertaron. Su libro clásico, *Historia de la revolución mexicana*, contiene finas observaciones en torno a las promesas siempre incumplidas de estos sistemas de modernización acelerada.

Una llamada telefónica suya me abrió el acceso a Octavio Paz. No sé qué le dijo, pero Paz me invitó a pasar por su casa ese mismo día a las cinco de la tarde. Ocurrió el 31 de enero de 1979. Si no me equivoco, habitaba un apartamento amplio, pero no lujoso ni extravagante, exornado con innumerables libros y algunas obras de arte de la India y el Lejano Oriente. Paz se mostró discretamente amable, pero en ningún momento afectuoso. La suya era una cortesía sobria y distanciada, más no hostil hacia el desconocido interlocutor. Se percibía que tenía una clara conciencia de su significación en el universo de la cultura en general y de la literatura en particular. Comentarios sobre su obra le eran indiferentes. Tuve la impresión de que su arrogancia no ofendía necesariamente a otros; era una admirable (y envidiable) autoseguridad, si consideramos que aún no gozaba de la fama y el reconocimiento posteriores. Pese a su estudiada indiferencia y a su elegante estoicismo supuse en aquel momento que le dolía la dilatada incompreensión de sus conciudadanos con respecto a su inexorable posición crítica. Por otra parte, no estaba todavía rodeado del estrecho círculo de discípulos celosos y adulatorios que en sus últimos años lo aislaron del mundo. Paz era entonces una figura atacada sin piedad por la izquierda marxista, denostada por los nacionalistas y olvidada por las instancias estatales. Fue difícil arrancarle una sonrisa, pero tampoco mostró ningún signo de impaciencia a medida que la visita se alargaba. El breve encuentro para compartir un té se

convirtió en una conversación de varias horas. Él y su esposa Marie-José no parecían dispuestos a concluirla, y, si la memoria no me falla, fui yo quien le puso fin ya muy entrada la noche. A Marie-José le gustaba contar anécdotas y detalles de los personajes y lugares que habían conocido en el Asia. Aquello que los poetas llaman el ultraje de los años no impedía vislumbrar que había sido una mujer bella y sensual en sus años juveniles.

Lo que parecía interesar a Octavio Paz era mi proyectado viaje al mundo oriental, empresa que estaba consagrada exclusivamente a conocer las grandes obras de la historia y del arte. En casos similares mi habitual propósito ha sido eludir las aglomeraciones urbanas modernas, esquivar los testimonios de la cultura popular y huir de los lugares promovidos por agencias de turismo. Este plan contó con su mesurada simpatía. Mi primer viaje a la India y países aledaños tuvo lugar en 1980, y seguí un itinerario aconsejado en gran parte por él, que me había sugerido evitar ciudades como Goa y Poona, muy apreciadas por los turistas occidentales, ávidos de drogas y emociones baratas y de una religiosidad exótica pero fácil de comprender. Los santuarios que gozaban del favor popular y que ofrecían experiencias místicas a precios módicos eran simulacros organizados por hábiles hindúes que ya no creían en sus dioses tradicionales y sí en el todopoderoso dinero. Paz sentía una inclinación especial por las religiones que en su propio lugar de origen se habían convertido en minoritarias (como el budismo y el jainismo) y me aconsejó visitar algunos países limítrofes (como Nepal: una joya en todo sentido) y las provincias periféricas de la India, donde el budismo es aun fuerte, como Ladakh (el pequeño Tibet) y las situadas en el extremo nororiental (Sikkim, Assam, Tripura), pero las guerrillas me impidieron realizar una parte del programa. Contra su consejo viajé a Sri Lanka (Ceylán), que resultó ser —como él me lo anticipó— una desilusión histórico-estética.

Por ese tiempo, Octavio Paz empezó a publicar la revista *Vuelta*, que pronto alcanzó fama legendaria y que parecía contrastar premeditadamente con *Cuadernos Americanos*. En *Vuelta* no había espacio para esa fatal combinación de nacionalismo y socialismo tan usual en América Latina después del triunfo de la Revolución Cubana. Y la diagramación, las ilustraciones, el papel y la tipografía eran de un gusto exquisito, mientras que la revista de Silva Herzog, gruesa, convencional y dispar en calidad, parecía encarnar rutinas anticuadas. Pero un examen retrospectivo nos muestra que *Vuelta* no fue realmente tan novedosa y tan persistente en excelencia y originalidad, mientras que *Cuadernos Americanos*, pese a sus deficiencias, fue durante décadas el mejor órgano de discusión de ideas del Nuevo Mundo. ■

H. C. F. Mansilla (Buenos Aires, 1942). Filósofo boliviano nacido en Argentina y residente en La Paz. Estudió Ciencias Políticas y Filosofía en la Universidad Libre de Berlín, en donde obtuvo su doctorado y ha sido profesor. Es actualmente profesor visitante de la Universidad de Zúrich y miembro de las Academias de Ciencias y de la Lengua de Bolivia. Entre sus libros, cabe mencionar: *Desarrollo y Progreso como ideologías de modernización tecnocrática, América Latina entre la tradición y el postmodernismo, y Los tortuosos caminos de la modernidad. Posibilidades y dilemas de los procesos de democratización en América Latina*.